

Eliseo y Naamán (2 Reyes 5:1-27)

El día comienza como de costumbre. Apenas se levanta de su cama, sus sirvientes ya están esperando para ayudarlo a vestirse. Se pone las ropas que han sido cuidadosamente lavadas y preparadas por sus criados. Antes de salir, se mira a sí mismo en el espejo de metal. Es alto, musculoso, de edad mediana. Tiene un aire de determinación férrea.

Se pone el casco de bronce, que relumbra con el sol de la mañana. En sus ropas se ven los colores vivos del ejército sirio. No es sólo un hombre importante, ¡es un héroe nacional! Antes de salir, se mira una vez más en el espejo. Sus ojos se dirigen hacia su frente, donde hace unos días descubrió una pequeña mancha. El color ha cambiado y, si la toca, no siente nada. Está completamente “dormida”. Cuando apareció era muy pequeña, pero en aquella época”, una mancha así podía significar algo tan malo como si hoy descubriéramos una sombra en una placa radiográfica de pulmón, en una tomografía de hígado o en una mamografía.

El hombre está preocupado porque ha descubierto que sus sirvientes hablan entre sí en voz baja. Por fin se decide a llamar a un famoso médico de Egipto. Se dice que es un médico que todo lo sabe y todo lo cura. Ha tratado a la suegra del rey y ha mejorado bastante.

Después de varios días, el médico llega a la casa de Naamán con un séquito de ayudantes. Lo examina cuidadosamente, hace unos ritos incomprensibles y emite su diagnóstico. Todos los sirvientes salen de la sala. El silencio es absoluto. El médico dice:

— Es lepra.

El capitán empalidece. Él ha visto los rostros desfigurados de los leprosos, sus manos mutiladas, sus orejas completamente dañadas.

Aquella noche, hace algo que no es habitual en él. Pide que le traigan una copa más de vino. Y luego pide otra. Y otra, y otra. Se levanta con dificultad y se dirige a su lecho, pero aunque ha bebido mucho no puede conciliar el sueño. A la mañana, se decide a buscar una “segunda opinión”. Llama a otro médico también muy famoso. Este se especializa en problemas difíciles. Pero el diagnóstico es el mismo. Naamán, jefe del ejército del rey de Siria, es un hombre muy importante delante de su señor, porque por medio de él, el Señor ha librado a Siria. El hombre es un guerrero valiente. Pero tiene lepra.

A varios cientos de kilómetros, Giezi tiene que tomar una decisión. Es el ayudante ideal. Cada vez que hay una necesidad, se desplaza con rapidez. Sus ojos inquietos ven todo lo que ocurre a su alrededor. Tiene una gran facilidad de palabra. Siempre dice la frase adecuada con las palabras correctas. Es muy educado, aunque a veces es demasiado adulator.

Giezi ha pasado toda la noche pensando en la gran oportunidad que se le ha presentado. El general sirio Naamán vendrá a ver a Eliseo, y si el tratamiento es exitoso, su maestro recibirá muchos regalos. Y él, después de todo, es nada menos que la persona con la cual se comunica el profeta. Es algo así como “el secretario del ministro”.

Giezi tiene un conflicto interno. Ha escuchado muchas veces acerca de la importancia de servir al Dios vivo. Él conoce la importancia de ser honesto. Reconoce que hay un Dios que está por encima de todo y que lo sabe todo. Se ha enterado de las conversaciones que circulan en el ambiente. Comprende que Naamán está enfermo y es muy poderoso.

No ignora que los sirios tienen fama de ser muy agradecidos. Se entera de que Naamán ofrece una recompensa magnífica a quien lo cure de su enfermedad.

Giezi piensa que si Eliseo hace un milagro, quizás a él le toque algo. Desde hace algún tiempo analiza la posibilidad de abandonar a Eliseo. Sueña con una vida distinta, menos austera. Sueña con una granja propia, con viñas, olivares y sirvientes. Y ahora se presenta el tipo de oportunidad que sólo se da una vez en la vida.

No ha dormido en toda la noche pensando en estas cosas. Finalmente, antes de salir, se mira en el espejo, se da unos masajes con sus manos en la cara y se pone la máscara de la piedad. Acaba de enterrar y ocultar momentáneamente al verdadero descendiente espiritual de Acán (**Jos 7:21**) para presentarse como un hombre religioso y espiritual.

El tercer personaje de nuestra historia es una jovencita. La vida no ha sido fácil para ella. Se crió en una zona de guerras permanentes. Sabe lo que significa la guerra desde muy pequeña. Ha visto los cuerpos muertos de sus familiares y amigos. Sus padres han quedado muy lejos en su tierra y sabe que nunca más volverá a verlos. Pero en su rostro de hermoso tono semítico hay una sonrisa. Sus ojos intensamente negros muestran dulzura y paz. Tiene unos 15 años; la edad en que muchas jóvenes sueñan con su gran fiesta. Pero ella no tiene derecho a soñar. Ella pertenece a esa clase de personas que han nacido para trabajar fuertemente y sin mucha recompensa. No es una pobre empleada; es menos que eso. Es una esclava. Pero no camina como una esclava sino como una princesa. Ella sabe que no está sola y que su padre es nada menos que el Dios de Israel.

Naamán se dirige a Israel con una carta de recomendación de su propio rey. Lleva una fortuna en oro y plata. Unos 10 talentos de plata, 6.000 siclos de oro y 10 vestidos nuevos. Sólo la plata que llevaba Naamán equivaldría actualmente a unos 150.000 dólares. Y el valor del oro hoy sería de varios cientos de miles de dólares. Cuando Naamán llega por fin a la casa de Eliseo con todos sus carros, su séquito y sus ayudantes, Giezi siente que ha llegado la hora de su oportunidad.

— ¡Buenos días, señor general! ¿En qué puedo servirle? ¡Señor general, tenga cuidado, el suelo allí está un poco embarrado! ¡Pase mejor por aquí! Señor general, ¡cuidado con el escalón!

Los ayudantes de Naamán le dicen a Giezi que su jefe quiere ver al profeta.

— Lo siento — responde Giezi con voz fingida y tratando de demostrar pena. El profeta Eliseo hoy no está para nadie. Ni siquiera para el rey de Israel. Pero ¿en qué puedo servirle? Yo soy el encargado de este lugar, soy el que hace y deshace.

El siervo del militar responde:

— Hemos recibido una carta oficial del rey por la cual se nos dice que el profeta Eliseo está dispuesto a atender el problema que afecta a nuestro señor ¿Podría preguntarle al profeta si puede atenderlo?

— ¡Cómo no! Enseguida vuelvo, un minuto por favor —dice Giezi, y entra en la casa.

Mientras tanto, el varón de Dios envía a otro sirviente con el siguiente mensaje:

— Ve, lávate siete veces en el Jordán, y tu carne se te restaurará, y serás limpio.

El general se indigna. Se siente ofendido y defraudado. El famoso Eliseo ni siquiera se ha presentado para saludarlo y reconocer su dignidad de héroe nacional. Los ríos de Damasco tienen caudales más grandes y sus aguas son más puras.

En el versículo 13 se nos cuenta algo curioso, acerca de unos personajes de quienes ni sabemos su nombre, pero que son muy importantes. Son siervos de Naamán. Se acercaron a él y le hablaron diciendo:

— Padre mío, si el profeta te hubiera mandado alguna cosa grande, ¿no la habrías hecho? Con mayor razón si él te dice: *“Lávate y serás limpio”*.

El rostro airado del general se relaja un poco. Sus siervos, con tacto y respeto, usan la técnica que enseña el libro de los Proverbios: *“Manzana de oro con adornos de plata es la palabra dicha oportunamente”* (Pr 25:11).

El general piensa por un momento y dice:

— ¡Andemos!

Llegan al río Jordán. En cualquier lugar del mundo lo llamarían un arroyo. Las aguas no están muy limpias. El general se saca la armadura. Se moja primero la cara, los brazos y el pecho para atenuar el impacto del agua fría. Se zambulle una vez y sale. Todos sus siervos se acercan. La mancha siniestra sigue allí igual que antes. Se zambulle por segunda vez y sale. Sus siervos se acercan y ven que las manchas aterradoras siguen allí. El general se zambulle de la misma manera hasta la sexta vez. Todos lo miran con atención. Su piel no ha cambiado absolutamente nada. Por un momento, el general se pregunta si lo que está haciendo delante de todos sus sirvientes no es ridículo. Pero esos “siervos sin nombre” le dicen:

— Una vez más, padre mío.

Dios hace maravillas en el cuerpo de Naamán

Cuando Naamán sale del agua, luego de zambullirse por séptima vez, no necesita mirarse. Todos sus siervos se acercan y ven que la piel está perfecta. Unos saltan, otros gritan:

— ¡Viva, viva el general!

Alguno se arrodilla y le da gracias al Señor de los Ejércitos. La carne de Naamán se volvió tan sana como la carne de un niño pequeño. Note usted que el texto no dice *“la piel”* sino *“la carne”*. La lepra es una enfermedad que ataca las estructuras profundas, aun los nervios que están debajo de la piel.

Ahora Naamán está completamente curado. Sube al carro, le echa una mirada más a ese río Jordán que él despreció, y se da cuenta de que ese torrente que corre por el país del pueblo de Dios tiene más poder de sanar que el Nilo o el Éufrates. Vuelve a la casa de Eliseo. Allí lo está esperando nuevamente el siervo Giezi. Seguramente, lo atiende otra vez con las mismas frases aduladoras. “Por aquí mi general, atención con el escalón, cuidado que ahí está embarrado”. Inmediatamente se coloca detrás de Eliseo y se para en punta de pie para que todos puedan ver que él, de alguna manera, ha sido parte del milagro. Si en ese tiempo existiera la tecnología actual, Giezi estaría preparado para sacarse una fotografía.

Al ver a Eliseo, el general exclama:

— ¡He aquí, yo reconozco que no hay Dios en toda la tierra, sino en Israel!

Su corazón está rebosando de gratitud. Reconoce que Dios ha hecho un milagro en su vida. Giezi sabe que se está acercando el momento que él tanto esperaba. Naamán, sinceramente agradecido, le dice a Eliseo:

— Acepta, por favor, un presente de parte de tu siervo.

Naamán se da cuenta de que él, con toda su autoridad militar, no tiene el poder que tiene Eliseo. El profeta de Dios le responde:

— ¡Vive el Señor, a quien sirvo, que no aceptaré nada! (**2 R 5:16**).

Giezi hace una mueca de dolor, cierra los ojos y se dice para sí: “¡Qué tonto que es el profeta!”.

Es que el varón de Dios sabe que *“del Señor es la tierra y su plenitud, el mundo y los que lo habitan”* (**Sal 24:1**).

Una y otra vez, Naamán agradece y repite su oferta, pero Eliseo hace un gesto terminante. La respuesta es no. Naamán le pide entonces *“una carga de tierra”*. Quiere unas bolsas de esa tierra que está pisando porque sabe que es *“distinta y única”*. Se yergue y con voz fuerte dice:

Nunca más voy a volver ofrecer sacrificio ni holocausto a otros dioses, sino sólo al Señor.

Pero piensa un momento y se da cuenta de que, debido a sus obligaciones militares, va a tener situaciones difíciles y comprometedoras. Rápido en su pensamiento y honesto en su corazón agrega:

— Pero el Señor perdone esto a tu siervo: Cuando mi señor entre en el templo de Rimón para adorar allí, y él se apoye en mi brazo y yo me incline en el templo de Rimón (cuando yo tenga que inclinarme en el templo de Rimón), que el Señor perdone esto a tu siervo (**2 R 5:18**).

Naamán se despide por última vez y se va con toda su comitiva. Eliseo, con toda tranquilidad entra en la casa. Giezi se ha quedado paralizado. Sabe que jamás tendrá de nuevo esa oportunidad. ¡Hay tantas cosas buenas que se podrían haber hecho con ese dinero! Siempre ha soñado tener una casa propia con viñas y sembrados. La verdad es que la vida con el profeta a veces es difícil; no hay muchas diversiones ni entretenimientos. Las comidas son sencillas y siempre iguales. Las ropas son de las más comunes, tirando a baratas. Y Giezi sueña con vestir ropa de lujo. Tiene una lucha tremenda en su corazón, como la que tuvo el joven rico a quien Jesús dijo que vendiera todo lo que tenía y que lo diera a los pobres. Por fin, Giezi se decide y corre tras Naamán. Lo que no sabe es que se apresura a su ruina total.

Probablemente, Giezi sabe cuántos regalos ha traído Naamán. Los criados se han quejado de tener que levantar esos fardos tan pesados *“llenos de plata”*. Cada bulto pesaba unos 35 kilos. Y eso sin contar los otros bultos llenos de oro. ¿Se imagina usted 350 kilos de plata? No, para Giezi perder esta oportunidad es demasiado. Por eso, toma una decisión. Sale corriendo y toma el atajo que va hacia la parte baja de la ciudad. Naamán y su séquito van bordeando las callejuelas que descienden hacia la salida.

Jadeante, alcanza a la caravana. Giezi piensa: *“Después de todo, yo no soy codicioso; le voy a pedir sólo un talento. Es el 10% de lo que él planeaba darnos. Y yo creo que bien me merezco ese pequeño porcentaje. Eso sí: el oro no lo toco”*.

Naamán se da cuenta de que hay un hombre corriendo detrás de su carruaje, y cuando reconoce que es el siervo de Eliseo, ordena a su cochero que se detenga. De inmediato, se baja y le pregunta:

— ¿Está todo bien?

La situación es increíble. Nunca la guardia de Naamán ha visto que el general se detuviera y menos que se bajara para hablar con un criado. Es que la gracia de Dios

transforma los corazones de los hombres, y ese orgulloso y prepotente Naamán ha cambiado desde que se zambulló en el Jordán. Tras la pregunta del militar, Giezi tiene su última oportunidad de arrepentirse. Tiene una lucha tremenda. Pero su avaricia y su pensamiento lo vencen.

— Sí, pero mi señor me envía a decir: “He aquí, en este momento han llegado a mí dos jóvenes de los hijos de los profetas, de la región montañosa de Efraín. Te ruego que des para ellos un talento de plata y dos vestidos nuevos”.

Giezi sabía mentir. Tiene que dar alguna razón creíble que explique por qué Eliseo, que había dicho antes que no quería nada, ahora sí quiere parte de la recompensa. Y la solución es “crear una emergencia”, es decir, una situación crítica e inesperada. Los embusteros profesionales saben muy bien que esta técnica, la mayoría de las veces, funciona.

Preste atención a la imaginación de Giezi. No solamente dice que han llegado dos jóvenes sino que dice exactamente de dónde son. Giezi está cometiendo un grave pecado aparte de mentir y codiciar. Está poniendo una piedra de tropiezo a un hermano “débil”. Por eso Jesucristo dijo: *“Cualquiera que haga tropezar a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le atase al cuello una gran piedra de molino y que se le hundiese en lo profundo del mar” (Mt 18:6).*

El sirviente codicioso cruza sus manos en actitud piadosa. El general le dice:

— Dígnate aceptar dos talentos.

— ¡No, faltaba más! ¡No se moleste, con uno alcanza! Pero aunque con uno es más que suficiente, si usted insiste, tomaré los dos, sólo por no contrariarlo.

Naamán, finalmente, se dispone a seguir su camino. El sirviente infiel se despide haciendo mil reverencias. Mientras Naamán se aleja, Giezi sigue repitiendo mecánicamente: “Muchas gracias, mi general”. Pero en su corazón no hay respeto por ese a quien él llama “el sirio”. Mientras tanto, dos sirvientes lo acompañan llevando la pesada carga.

El Señor castiga la mentira de Giezi

El versículo 24 dice que *“cuando llegaron a la colina, él los tomó de sus manos y los guardó en casa. Luego despidió a los hombres, y se fueron”*. Hasta aquí todo ha salido tal como fue planeado. Nadie lo ha visto ni siquiera cuando llegó con los criados. En vez de entrar las bolsas por la puerta principal, les dice a los criados:

— Déjenlas allí, en la parte de atrás, al lado de esos troncos, que yo después las acomodo.

Entonces Giezi entra en la casa y se encuentra con Eliseo.

— ¿De dónde vienes Giezi? — le pregunta el profeta.

Giezi se pone un poco colorado. Pero los desvergonzados han aprendido a mentir sin enrojecerse.

— ¿Yo? — responde. De ningún lado. Estuve toda la mañana aquí, paradito como un soldado. Tu siervo no ha ido a ninguna parte. Y luego, con voz penosa y firme, Eliseo le dice:

— ¿No estuvo allí mi corazón cuando el hombre volvió de su carro a tu encuentro? ¿Es esta la ocasión de aceptar dinero o de aceptar ropa, olivares, viñas, ovejas, vacas, siervos y siervas?

Eliseo lo había visto todo. Y no sólo eso, sino que ha leído el pensamiento de Giezi y sabe que estas son las cosas que él va a comprar con el dinero de Naamán: olivares, viñas, ovejas, siervos y siervas. Nos recuerda las palabras de Jesús: *“¡Necio! esta noche vienen a pedir tu alma; y lo que has provisto, ¿para quien será?” (Lc 12:20).*

Pero aquí no termina todo. Giezi ha tenido el privilegio de ver de cerca al varón de Dios. Ha tenido la posibilidad de verlo hacer milagros. De ser instruido. Por lo tanto, su responsabilidad es muy grande. Y esa prerrogativa se relaciona con la dimensión de su castigo.

— *“Por tanto, la lepra de Naamán se pegará a ti y a tus descendientes, para siempre” (2 R 5:27).* Entonces Giezi salió de su presencia leproso, blanco como la nieve.

— ¡No, no! — exclama con terror Giezi cuando mira sus brazos emblanquecidos por la enfermedad.

Pero no puede entrar en la casa. El leproso no puede ingresar. Y en esa casa tiene que abandonar sus “tesoros”. La puerta se cierra con un golpe brusco. Giezi se queda afuera y su tesoro adentro; un tesoro que nunca podrá gozar.

¡Qué caro que le ha costado a Giezi esa fortuna!

La experiencia de Giezi tiene una importante enseñanza para nosotros. Su amor a los bienes terrenales hizo que no llegara a nada más que a su propia ruina. Y me pregunto cuántos de nosotros no llegamos a donde podríamos arribar por el amor a lo que el mundo nos ofrece.

Al terminar la historia vemos que Naamán, el hombre orgulloso e incrédulo, se ha convertido y ha aprendido algo sobre la humildad. En cambio, Giezi, el hombre que parecía muy religioso y muy prometedor, ha sido castigado severamente.

La jovencita hebrea, sierva de Naamán, quizás siga trabajando como sierva en la casa, pero no me cabe duda de que, de allí en adelante, el general no la tratará más como a una esclava. Ella fue la que le indicó el camino para ser sanado, pero ahora él sabe que la “criada” es su hermana en la fe, porque los dos aman, temen, adoran y sirven al Señor de los Ejércitos.

Algunos temas para la predicación y el estudio en grupos

- El peligro de caer en la tentación: *“Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Co 10:12).*
- El juicio inexorable de Dios sobre los impíos.
- La especial responsabilidad de los que están en el ministerio pastoral (**Stg 3:1**).
- Los peligros de la codicia, la avaricia y el amor al dinero en el mundo actual.

Preguntas para reflexionar y discutir

- ¿Cuáles son los deseos terrenales con los que usted lidia a diario y que más comúnmente entran en conflicto con su vida cristiana?

- Haga un listado de los bienes materiales más importantes para usted. ¿En qué medida su preocupación por esos bienes interfieren en su relación con Dios?
- ¿Qué consejos le daría usted a un amigo creyente cuya relación con Dios está siendo afectada por su codicia?
- ¿Cuáles de estos consejos ha aplicado usted a su propia vida? ¿Cuál ha sido el resultado?